

Oliverio Cromwell

RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo III



Muchas veces os hemos dicho, lectores amigos — los mejores amigos, acaso, — cómo para vivir la historia siempre presente, la historia eterna, no hay mejor que acudir a lo que más estrictamente se llama historia, al relato de la historia pasada. ¿Pasada? No, la historia no pasa. Y no es que se repita, no! La historia no se repite. Es que se continúa. Ni lo que llamamos progreso es otra cosa que la historia misma.

Estamos volviendo a leer las «Cartas y discursos» de Oliverio Cromwell, con elucidaciones de Tomás Carlyle. Ese hombre Cromwell, a quien Carlyle colocó entre los héroes merecedores de culto, nos ha encadenado la atención muchas veces; ese hombre civil, profundamente civil, más bien religioso, profundamente religioso — lo que es ser doblemente civil, — que llegó a ser la cabeza y el corazón del ejército de los motilones — «around heads», — de los puritanos e independientes.

Hemos estado leyendo en la obra de Carlyle aquellos pasajes en que nos cuenta la contienda que surgió entre el ejército y el Parlamento. Relato digno de volver a ser leído. «Una de las más notables escenas que haya tenido nuestra historia», dice el profeta Carlyle, y sigue: «Un Parlamento armado, extraoficial, pero no sin cierto carácter sagrado, y un Oliverio Cromwell a la cabeza de él, pidiendo a una voz, tan hondamente como jamás se hablara en Inglaterra, «Justicia!, Justicia!, bajo la bóveda del cielo.» ¿De qué justicia se trataba? De principios religiosos, sin duda; de libertad de conciencia — o más bien acaso de oprimir la libertad de otras conciencias, pero también de pagas. Morley en su libro «Oliver Cromwell» nos dice que los impuestos y la religión han sido siempre los dos primeros móviles en las revoluciones humanas, y que en las disensiones civiles del siglo XVII se combinaban ambos poderosos factores. Y es que si la religión es una economía a lo divino — el gran negocio de la salvación eterna, — la economía es una religión a lo humano — ¡la salvación del negocio temporal!

Luégo nos cuenta Carlyle lo de aquel viernes, 30 de julio de 1647, en que el ejército avanzó contra el Parlamento. La consternación de Londres el 3 de agosto de aquel año. Pero el día 6 hubo una reunión y las autoridades civiles y parlamentarias cedieron. «Después de lo cual el ejército marchó de tres en fondo, por Hyde Park al corazón de la ciudad, con ramos de laurel en los sombreros... y todo acabó.»

¿Y el rey a todo esto? ¿Qué hacía el infortunado Carlos I? «El ejército cambia pronto su cuartel general a Putney; uno de sus puntos avanzados es Hampton Court, donde se aloja su majestad, obstinado todavía, pero algo desesperanzado

de lograr que los dos partidos se extirpen uno a otro.» Porque el desgraciado Carlos I no estaba ni con el ejército ni con el Parlamento, aunque peor con aquél. Le trató el ejército tan duramente! Y fué en rigor el ejército, el de los puritanos, el que acabó, quitándole más que el trono, la cabeza. Una cabeza que, la verdad sea dicha, no le sirvió nunca de gran cosa.

Hablando de los Consejos de Carlos I Morley, en su citada obra, escribe: «Los consejos propios de Carlos eran, según Clarendon, tan irresolutos e inconstantes como sus consejeros eran malhumorados

y facciosos. Estaban todos ellos ciegos a lo que debía haber sido evidente y llenos de miedo respecto a cosas que no era nada probable que sucedieran. Un día gastaban el tiempo en deliberar sin llegar a una decisión; otro día decidían sin deliberar. Y lo peor de todo que la decisión jamás era seguida de una ejecución vigorosa.»

¡No; para ejecución la de los motilones de Cromwell! ¡Sobre todo la que recayó sobre el pobre Carlos!

¡Llena de enseñanzas aquella lucha entre el ejército que luégo fué de Cromwell, un Parlamentario, y el Parlamento! Y cabe decir que Cromwell sometió al pretorianismo sirviéndose de él. Se repite en la historia el caso de que sea un caudillo de pretorianos el que someta al pretorianismo. Pero es cuando llega a ser caudillo, esto es: cabeza. Porque a la larga es la cabeza la que domina, es el pastor — cuando es pastor — el que ata a los mastines que carearon y apernaron borregos.

¡Terrible aquel puritano Cromwell! «Va más lejos el que no sabe adónde está yendo» — decía, — y el cardenal Retz le consideraba por eso un simple. ¿Pero es que Cromwell no sabía adónde estaba yendo, o mejor, adónde le estaba llevando Dios? Basta leer sus cartas, de estilo enrevesado, escritas al correr de la pluma. Su religiosidad de Antiguo Testamento estaba en ellas por todas partes. ¿No sabía adónde le llevaba su Dios, el Dios terrible del Sinaí, el de Josué y Gedeón y David, cuando llegó a decir que si encontrara al rey en batalla dispararía su pistola sobre el rey como sobre cualquier otro? Y es que Carlos I, esperando que el Parlamento y el ejército se destruyeran mutuamente, había, sin embargo, tomado partido y se metía en batalla.

Pero aquel terrible Cromwell, eterno misterio, para unos un santo, para otros un hipócrita, extraña mezcla de león y de zorro, fanático y cauteloso, energúmeno, calculador y prudente, lo primero que se propuso es depurar su ejército. Depurarle moralmente. Y según una rígida moral puritana. Ni blasfemias, ni borracheras, ni liviandades, ni juego tampoco





creemos. Porque Cromwell debía de saber que el juego es uno de los peores azotes de los ejércitos.

Cromwell se cuidó de depurar sus tropas conforme al que se llamó el Nuevo Modelo. Es decir, que empezó por imponer orden en ellas. No difirió el imponer este orden hasta haber acabado con anabaptistas y otras bestias apocalípticas de entonces. Cromwell sabía que mientras se permita ciertas licencias es ineficaz, acaso contraproducente, toda otra acción para restablecer orden.

Y aun en esto del orden Cromwell se equivocó. Todos los ordenadores por la fuerza se equivocan. En aquel caso lo probó la Restauración. ¡Terrible Restauración aquella! Pero inevitable. Como es inevitable toda la historia.

¡Qué de enseñanzas nos deja aquella lucha entre el Parlamento y el ejército y luego éste contra el rey Carlos I y todo lo que se siguió! Y fuera de esas enseñanzas, ¿qué nos ha dejado todo aquello? De permanente, de eterno, de historia para siempre, los poemas y escritos de Milton. Acaso el Dios del «Paraíso perdido» suscitó a Cromwell para que éste suscitase a Milton.

Miguel de UNAMUNO.

